

Amor inglés.

Mañana hace un año ya, de aquel día inundado de luz, de aquel café en Trafalgar Square, del visionado de la película Casablanca en un cine sacado de otra época, del aroma de los puestos de Borough Market, de un Londres que me envolvía y me drenaba poco a poco. Un año ya, de la complicidad (distinta ó en el fondo-siempre, la tuya y la mía) y de la incertidumbre que nos embargaba aquel sábado de gloria, que no compartíamos por miedo a romper todo ese mundo que habíamos creado en los dos últimos años.

Yo lo notaba, sabía que era el último 14 de Febrero que pasaríamos juntos, pero una fuerza mayor me animaba a continuar, a seguir dándome y a seguir amándote a pesar de tener todo en contra. Me di cuenta por nuestra conversación (ya vacía) en aquel restaurante italiano, donde las parejas hacían cola para entrar y la distancia entre las mesas no era más de treinta centímetros. Presentí que había algo que no me querías decir, aquel tintineo de tus dedos en los vasos, la escucha indiscreta de las conversaciones ajenas, los pósters, los disfraces de los camareros, la voz impostada. Parecía todo sacado de una película de Fellini. No te culpo, es difícil dejar a alguien el día de San Valentín y más en Inglaterra, que es una especie de Día de Fiesta Nacional. Sin embargo, yo te conocía muy bien y ya lo sabía.

A pesar de todo, nunca en ningún momento, me arrepentí de lo que hice. He vivido tantas cosas contigo y he aprendido tanto a tu lado, que hoy, unos meses después, sólo se me vienen palabras de agradecimiento y de ternura. Nunca olvidaré los paseos de la mano por el Támesis, los árboles azules, los trayectos en metro de madrugada, la botella de leche en la puerta de tu casa, el abrazo de tu padre, pero sobre todo, el tiempo, esos dos fantásticos años, que pasé junto a ti.

Seudónimo: Piroska.